

## LOS SUBTERRÁNEOS DEL YO: ZAMBRANO/JUNG

María Joao dos Santos das Neves. Universidad de Málaga

"Estoy cansado de ser alguien parecido a sí mismo cada día"<sup>1</sup> confiesa el poeta desde el umbral de la consciencia. Su palabra repleta de ritmo procedente de dominios inescrutables es mensajera de los subterráneos de ese *sí mismo* paradójicamente desemejante. Pues la semejanza sólo es posible ante la inexistencia de igualdad y, si así es, ¿a qué se refiere el poeta cuando habla de este *sí mismo* que a la vez se identifica y se diferencia?

De acuerdo con Jung, el *sí mismo* o *yo* es el centro de la consciencia, un centro que define como "una magnitud infinitamente compleja, algo como una condensación y un amontonamiento de datos y sensaciones"<sup>2</sup>. Lo que nos queda de esta definición es una complejidad que, a primera vista, oscurece más que aclara eso que nos importa saber: en qué consiste el *sí mismo* o *yo* tan a menudo referido. Sin embargo, la sensación de presencia de la obscuridad en la definición no es del todo desajustada, si tomamos en consideración que el *sí mismo*, para Jung, supone la reconciliación de los opuestos; la fusión del dominio de las tinieblas del inconsciente con el de la luz consciente. Esto nos coloca en una dificultad: ¿cómo podremos acceder a nuestro *yo* y conocerlo, si lo que conocemos coincide con aquello de lo que somos conscientes y el *yo* es, en gran parte, constituido por aquello de lo que no somos conscientes? Es, pues, necesario descender a la zona oscura, a los *subterráneos del yo* si se pretende, verdaderamente, pronunciar esta palabra con toda la fuerza de su peso.

Uno de los modos de acceso al *sí mismo* es, según Zambrano, la confesión. La confesión es por excelencia el lenguaje del sujeto en cuanto tal; por eso, se constituye también en método para alcanzarse uno mismo cuando vaga perdido. La confesión trae a la luz el carácter fragmentario de toda vida, este sentirse a sí mismo como trozo incompleto, que puede originar, como casi siempre ocurre, la desesperación de sí mismo, la huida de sí mismo, pero huida en espera de hallarse, de reconocerse. Se confiesa aquel que quiere hacer algo por sí mismo, que quiere cambiar porque no encuentra ubicación dentro de sí, tal como la realidad se le presenta.

Cuando el yo se confiesa, se desplaza en el mismo tiempo del tiempo real<sup>3</sup> pues parte de la confusión y va en busca de otro tiempo, no virtual sino real, en el cual se logre la unidad de la vida. Así, la confesión es una acción que se ejecuta con el tiempo, es camino para lograr algo con respecto al tiempo, pues la vida humana consiste en ello: una buena manera de existir en el tiempo.

La confesión es también método para encontrar el quién, el sujeto, porque nos coloca en el camino hacia el centro interior, hacia el *sí mismo*, uno e invulnerable pues nada de lo que le suceda puede anularle a aquel que consigue la unidad, el sujeto queda por encima, libre de lo que le pase una vez que ha logrado conocerse, ha vencido gracias a la intimidad. En la confesión, la intimidad es expuesta, verbalizada, asumiendo un papel hermenéutico importante al constituir el "(...) examen de sí referido a la relación entre el pensamiento oculto y

<sup>1</sup> J. Aguado, *Libro de Homenajes*, Hiperión, Madrid, 1993.

<sup>2</sup> C. G. Jung, *Los complejos y el inconsciente*, Alianza, Madrid 1983, p. 96.

<sup>3</sup> Cfr. M. Zambrano, *La confesión: género literario*, Siruela, Madrid, 1995, p. 26.

una impureza interior. En este momento comienza la hermenéutica cristiana del yo con su desciframiento de los pensamientos ocultos. Implica que hay algo escondido en nosotros mismos y que siempre nos movemos en una autoilusión que esconde un secreto"<sup>4</sup>. El problema reside en que el examen de conciencia cristiano está condicionado por supuestas reglas de conducta, siempre dispuestas a juzgar y a punir lo que se les presenta. La amenaza de la punición y el horizonte del pecado enturbian, como se puede fácilmente percibir, la posibilidad de intimidad consigo mismo. Y lo más grave que le puede pasar al ser humano es ser un extraño para sí mismo, haber perdido o no haber nunca llegado a poseer intimidad consigo mismo.

Sobre la función de la conciencia como juez, Foucault recoge una serie de analogías presentes en la *Primera Conferencia del Abad Moses* donde, por ejemplo, se comparan los pensamientos a granos y la conciencia al almacén de un molino. Nosotros, como molineros tenemos la tarea de distinguir los granos malos de los buenos y admitir sólo estos últimos en la molienda a fin de proporcionar buena harina y, en consecuencia, buen pan, buen alimento. El problema reside en que ni siempre podemos estar seguros de distinguir bien unos de los otros, lo que hizo de la confesión, como práctica cristiana, un ejercicio de dependencia moral y espiritual en un otro, el maestro o el sacerdote; ese sí, poseedor de poder discriminatorio. Esta práctica de transparentarse hacia otro al cual se debe obediencia provocó, más bien, renunciaciones y alejamientos del yo propio, advenientes a la pérdida de autonomía. Según Foucault, "a lo largo de todo el cristianismo existe una correlación entre revelación, dramática o verbal, y la renuncia al yo"<sup>5</sup>, pero el desarrollo de las ciencias humanas vino a permitir, afortunadamente, la utilización de las mismas técnicas de verbalización pero para, sin renunciar al *sí mismo*, "constituir positivamente un nuevo yo"<sup>6</sup>.

Desde el umbral del yo hacia la conciencia, Jung distingue una zona obscura exterior compuesta por cuatro apartados esenciales: sensación, pensamiento, intuición y sentimiento, de las cuales no nos ocuparemos aquí; en cambio, procuraremos descender hacia dentro de la zona central más oscura, al subterráneo propiamente dicho donde se encuentran el Inconsciente Personal y el Inconsciente Colectivo, este mundo donde somos un enigma para nosotros mismos.

El *Inconsciente Personal* se constituye por adquisiciones de la existencia individual, contenidos personales y factores psicológicos que podrían ser conscientes pero que, en virtud de algún acontecimiento más o menos traumático, no lo son. El *Inconsciente colectivo*, por su parte, se subdivide en dos modos fundamentales: Las categorías heredadas o arquetipos que consisten en imágenes primordiales, potencialidades de las representaciones humanas de las cosas, heredadas de generación en generación por las estructuras cerebrales y, por otra parte, por las categorías que llevan al reconocimiento social.<sup>7</sup> La revivificación de un arquetipo puede ser producida a través del pensamiento primitivo, analógico, del sueño que recrea esas antiguas imágenes. Los sueños constituyen, pues, una forma de acceso privilegiada a este subterráneo del yo.

"Somos sueños de una sombra", dice Píndaro, desnudando así la frágil indigencia humana, y del sueño verdaderamente venimos, y no a él accedemos cuando dormimos, como se suele pensar. En este, como en otros aspectos, coinciden Zambrano y Jung: "el estado de sueño es el estado inicial de nuestra vida; del sueño despertamos; la vigilia adviene, no el

<sup>4</sup> M. Foucault, *Tecnologías del yo*, Paidós, Barcelona, 1995, p. 90.

<sup>5</sup> M. Foucault, *Tecnologías del yo*, p. 94.

<sup>6</sup> M. Foucault, *Tecnologías del yo*, p. 94.

<sup>7</sup> Cfr. C. G. Jung, *Las relaciones entre el yo y el inconsciente*, Paidós, Barcelona, 1990.

sueño. Abandonamos el sueño por la vigilia, no a la inversa"<sup>8</sup>. Jung, por su lado, afirma que "Siendo las funciones psíquicas originarias estrechamente solidarias del sistema nervioso simpático, el elemento primero es el inconsciente, del que poco a poco se desprende la consciencia"<sup>9</sup>. Es como si el sueño correspondiera a la reintegración en la *physis*, como si el hombre dormido se embriera en la naturaleza volviendo a ser, de una forma principal, elemento del cosmos.

Zambrano nos dice que el hombre dormido es, sobre todo, "huésped del espacio"<sup>10</sup> pues su cuerpo pesa más que durante la vigilia y se vuelve materia impenetrable, "supremo obstáculo a la luz"<sup>11</sup>. Durante el sueño, encerrado en su cuerpo, el hombre se vuelve más materia y se comunica con las demás materias que integran el cosmos. Este estado más material parece ser, pues, el soporte de ese algo menos tangible y a la vez más vigilante que caracteriza el estado de vigilia. También por esta razón, si queremos comprender la vigilia, debemos mirar a los sueños.

Freud fue un gran entusiasta del estudio de los sueños desarrollando un importante trabajo de interpretación de los mismos. Sin embargo su postura fue bastante cuestionada por Jung que la consideraba demasiado determinista una vez que los sueños se encontraban sujetos a un análisis cuyo contenido simbólico estaba ya previamente fijado. Jung difiere de esta codificación unívoca de los símbolos bien como de la generalización freudiana de que lo que en los sueños se expresa es siempre una necesidad o deseo reprimido. Para Jung el sueño es "una creación psíquica que, en contraste con los datos habituales de la consciencia se sitúa, por su aspecto, su naturaleza y su sentido, al margen del desarrollo continuo de los hechos conscientes"<sup>12</sup>.

El sueño se basa en la discontinuidad, en una ruptura con la lógica y con el recorrido emocional que nos ocupa durante la vigilia. Por este motivo los sueños suelen asumir un carácter absurdo e impenetrable pues, en su proceso asociativo, crean relaciones que resultan fantásticas a la luz de la consciencia y totalmente desajustadas del sentido de lo real.

Pero si los sueños resultan totalmente ajenos al sentido de la realidad, ¿por qué tomarlos en consideración? ¿Tendrán algún poder, alguna influencia sobre nuestra vida consciente? Jung cree que sí y distingue dos principales formas de influencia de los sueños en la actividad humana: la función de contrapeso del inconsciente y la función prospectiva.

La función de contrapeso es absolutamente indispensable para la regulación psíquica. Se ejerce cuando los pensamientos, inclinaciones y tendencias que durante el periodo de vigilia pasarían desapercibidas, o no serían suficientemente valorados, son aludidos durante el sueño. De esta forma, cosas importantes que se quedarían intelectualmente incomprendidas, o minusvaloradas, pueden influir y orientar al hombre. Este proceso de autorregulación psicológica del individuo es muy semejante al proceso fisiológico del cuerpo cuando sufre una infección o una herida. Las asociaciones subliminales que llegan a introducirse en la consciencia, gracias a toda una parafernalia simbólica, evitan, muchas veces, trastornos perturbadores y peligrosos.

Pero no es sólo la función inconsciente la que compensa relativamente a lo consciente. La inversa también es verdadera: la consciencia no tiene exclusividad sobre la orientación activa; a veces, en determinadas circunstancias, es el sueño el que asume una intención, una dirección orientada hacia un fin. En estos casos el sueño asume un carácter de revelación

<sup>8</sup> M. Zambrano, *El sueño creador*, Turner, Madrid, p. 14, 15.

<sup>9</sup> C. G. Jung, *Los complejos y el inconsciente*, Alianza, Madrid, 1983, p. 96.

<sup>10</sup> M. Zambrano, *El sueño creador*, p. 34.

<sup>11</sup> M. Zambrano, *El sueño creador*, p. 34.

<sup>12</sup> C. G. Jung, *Los complejos y el inconsciente*, p. 237.

pues faculta la percepción de una idea positiva de alcance vital que no había sido suficientemente captada por la consciencia.

Tenemos manifestaciones de esta capacidad del sueño en distintas civilizaciones: para los Pitagóricos, por ejemplo, la proximidad del estado de sueño al estado de muerte implicaba la exigencia de que uno se purificase antes de irse a dormir, pues se podría producir durante el sueño un encuentro con los muertos. En el libro III del *De Ira*<sup>13</sup> Séneca, influenciado por la antigua tradición pitagórica, recomendaba la purificación de la consciencia a través de un recurso mnemotécnico.

La otra función, de que hablaremos seguidamente, es la función prospectiva del sueño, que se refiere a las anticipaciones que surgen inconscientemente de una actividad consciente futura, bajo la forma de un proyecto o de un plano o, todavía más sorprendente, bajo la forma de solución de un conflicto.

El éxito de los pronósticos del sueño se debe, según Jung, a la mezcla de elementos subliminales por un lado y a la conjunción de todas las sensaciones, sentimientos, pensamientos, huellas y recuerdos, que ya no nos influyen conscientemente pero que en el sueño se encuentran disponibles, por otro. El inconsciente guarda los mínimos detalles y es capaz de hacer uso de realidades que, por su relieve difuso, escapan a la luz de la consciencia. Estos mínimos detalles en conjunto con la aprehensión difusa que capta más allá de los hechos que ocurren, el sentir, el clima, el ambiente donde se dan los acontecimientos, coloca el sueño en bastantes mejores condiciones para la realización de pronósticos que la vigilia.

Aunque de una forma distinta a la de Freud y Adler, Jung analiza los sueños bajo la importancia de su contenido. María Zambrano introduce una gran innovación en este aspecto, pues en su fenomenología de la forma-sueño se ocupa de este acontecimiento bajo el punto de vista de la forma.

En los sueños se nos aparece, de una forma espontánea, nuestra vida como puro fenómeno al que asistimos. Esta es la gran ambigüedad del sueño: por un lado se trata de vida en forma estática, pues no podemos voluntariamente alterar nuestros sueños. Sin embargo, como la vida psíquica es movimiento, en el sueño se trata paradójicamente de la inmovilidad de un movimiento. En esto los sueños se parecen a la música: las piezas musicales son una unidad completamente configurada pero hecha de una actividad incesante.<sup>14</sup>

Por otro lado, el sueño es nuestra vida más espontánea y, a la vez, la más ajena; es lo más subjetivo, porque es pura acción sin pensamiento, es inmediato y aproblemático, pero, en cambio, nos constituimos en objeto para nosotros mismos, con toda la exterioridad que ser objeto conlleva: se nos resiste, es independiente del sujeto en su existencia tanto como en sus actuaciones. Esta es la razón por la cual en los sueños nunca nos extrañamos, nunca nos preguntamos o paramos a pensar en la realidad, justamente porque no podemos actuar sobre ella.

La incapacidad para actuar se debe a la ausencia de tiempo que nos es devuelto al despertar. Esta es la principal característica que diferencia el sueño de la vigilia: la existencia de tiempo y la consecuente capacidad de actuación que corresponde, por otro lado, a la existencia de libertad

Pero si el sueño nos priva de la libertad, si en él no somos enteramente nosotros mismos, ¿por qué motivo es tan importante atender a ellos si verdaderamente se pretende acceder a sí mismo?

La finalidad del conocimiento de los sueños consiste, justamente, para Zambrano, en que estos se constituyen en una guía para que el hombre sepa transitar por sus múltiples

<sup>13</sup> M. Foucault, *Tecnologías del yo*, p. 70.

<sup>14</sup> Cfr. M. Zambrano, *La confesión: género literario*, p. 63.

tiempos y, de esa forma, tratar con sus diferentes máscaras.

Como es sabido, el medio humano es el tiempo: en él desarrollamos nuestra vida, aprovechando bien el tiempo o desperdiciándola "matando el tiempo", haciendo morir todo aquello que anhela realizarse. El tiempo es condición *sine qua non* de la posibilidad de existir humanamente. Pero ¿qué significa este vivir humanamente? Según Zambrano, vivir humanamente es una acción, es decir, implica una decisión y el ejercicio de la voluntad; esto quiere decir que el hombre ha de hacerse su propia vida, construir el camino por donde andarla.

Para vivir su vida, el primer paso sería conocerse a sí mismo, a este sujeto que vive una vida y que es, en gran medida, responsable por las opciones que toma y que llevan a que esta se configure de esta o de aquella manera. Y en el caso del humano, conocerse conlleva saber andar por su tiempo. Porque al hombre, al contrario de los otros animales a los cuales la vida también les es dada, le es exigido que la viva y no que simplemente deslice por ella. Es que el hombre se mueve en el tiempo teniendo plena conciencia de tal realidad, los otros seres vivos no se encuentran despiertos a esta verdad y, por lo tanto, no se pre-ocupan por ello, de ello. En cambio, el hombre tiene que ocupar-se de su tiempo, lo que no quiere decir ocupar su tiempo, como tanta gente erróneamente piensa, sino ocuparse de ello, incumbirse de esa preocupación de vivir bien por su tiempo.

El tiempo humano es más de lo que la suma de los instantes, más de lo que el tiempo mensurable de los relojes y de la conciencia. Para acceder al tiempo real de lo humano es necesario descifrar el argumento de esa vida. Y un argumento es "(...) un acontecer que está necesitado de un futuro para desarrollarse (...) "<sup>15</sup>. Por este motivo hay que darse cuenta del futuro porque de él está ya hecho el sentido del presente. No sería así si el hombre fuera un sujeto terminado de una vez por todas, un ser cuyo *sí mismo* una vez encontrado permaneciese igual para siempre. Pero no es así. El hombre como "ser que padece su trascendencia "<sup>16</sup> está siempre más allá de donde se encuentra. Transcender implica una tensión, un movimiento, un estar ido hacia algo. El hombre es así un ser cuya característica definitoria es ser lo que todavía no es. El hombre es, pues, proyecto: anticipación de un futuro, basada en un conocimiento de lo que hasta ahí se ha sido, en un presente impulsado por la energía de la voluntad. Hablar de hombre es imposible sin la utilización de adverbios temporales, pues sólo bajo el horizonte del tiempo se puede vislumbrar su realidad.

Zambrano distingue tres dimensiones fundamentales del tiempo<sup>17</sup>:

I - *Atemporalidad*: Es el tiempo de la *psique* y consiste, en definitiva, en una falta de tiempo. Esa falta de tiempo hace que se viva en un estado de ambigüedad: existen tensiones pero estas se quedan sin efecto una vez que no originan ningún movimiento debido a la ausencia de tiempo. No es posible ni detenerse ni extrañarse, y menos todavía interrogarse o pensar. Se vive en un estado de completa pasividad que es el característico de la *psique* inicial.

II - Tiempo de la *consciencia*: Es un tiempo por ella establecido o, mejor dicho, ganado. Ganado en su posibilidad de medida: pueden establecerse presente, pasado y porvenir. En consecuencia es posible el movimiento lo que, a su vez, posibilita la vivencia de las intenciones: se puede captar, disociar, atar y desatar, abrir y cerrar, etc.

III - Tiempo de la *persona*: Se caracteriza por ser un tiempo en espiral, es decir, un tiempo que, aunque indefinidamente abierto, sigue siendo centrado, integrador. En el tiempo de la persona se viven estados de lucidez que proporcionan la visión de una unidad de sentido

<sup>15</sup> M. Zambrano, *El sueño creador*, p. 60.

<sup>16</sup> M. Zambrano, *El sueño creador*, p. 53.

<sup>17</sup> Cfr. M. Zambrano, *El sueño creador*. Para profundizar sobre este tema: Ch. Maillard, *La creación por la metáfora*, Anthropos, Barcelona, 1992, cap. II, p. 78 y ss.

de la propia vida.

En la vida oscilamos entre estos tres tipos de tiempo no solamente cuando dormimos sino también durante la vigilia. Además, no es raro caer en estado de ensoñación durante la vigilia, retomando el estado de la *psique* inicial, sin que se haya verdaderamente dormido. De la misma forma es posible vivir un tiempo de la persona en la profundidad de un sueño que así se vuelve creador.

Estos dos tipos de tiempo, el de la *psique* y el de la persona, aparecen con carácter excepcional en nuestras vidas: en el primer caso se trata de un estado similar al del uno inicial, a la anterioridad de los procesos de individuación, que difícilmente el sujeto se da cuenta de lo que experimenta. Es lo característico de los sueños de obstáculo en que el sujeto pretende alcanzar determinado objeto pero nunca logra sus objetivos. Sin embargo, no se pregunta por qué, ni se rebela contra la situación. Todo es previamente aceptado, todo está como predeterminado. Según Zambrano, podemos reconocer esta especie de tiempo en ciertas novelas como *El castillo* de Kafka, o en las tragedias en las cuales el personaje trágico vive bajo una inevitabilidad que no se alterará haga lo que haga; su vida no dispone de un verdadero uso de la libertad.

En cuanto al tiempo de la persona, se experimenta en momentos privilegiados en que se vive una coincidencia entre sí mismo y la vida. Es así cuando el hombre actúa al unísono consigo mismo, cuando padece conscientemente su transcendencia y se abre a la vida enteramente, pero sin difuminarse en las cosas, sin perder su centro. Es, como ya vimos, un tiempo en espiral: abierto mas integrador.

El tiempo de la conciencia es aquel en que nos hallamos habitualmente, donde distinguimos pasado presente y futuro, donde actuamos, donde podemos reconocer la lógica y la continuidad de los hechos. Este tiempo tiene tendencia a tiranizar a los otros dos, juzgándose como el único importante y verdadero.

Zambrano, alegóricamente, nos dice que el hombre es como una especie de plaza fuerte sitiada que tiene en su centro al yo soberano al cual describe como siendo "tan implacable como vulnerable"<sup>18</sup>. Desde ese centro el soberano yo envía sus ordenes a través de emisarios subordinados, para fortalecer las murallas que defienden su "ser", esto es, todo aquello que el soberano yo entiende como realidad de sí mismo y de las cosas. La parte más fuerte de esta muralla se llama «atención» y tiene como armas todo un arsenal de conceptos y juicios, así como una noción de espacio-tiempo claramente establecida y permanentemente válida. Así armada la valiente atención rechaza, condena y, finalmente, a las realidades que concuerdan con las exigencias del soberano yo, permíteles que entren en el recinto de la visibilidad y puedan ser observadas. De esta forma, el soberano yo solamente ve aquello que se permite ver, y lo más permitido, y por lo tanto más visible, son los personajes, las máscaras que cada uno exige y enseña, olvidando que son máscaras y que ocultan algo.

Es importante resaltar la diferencia de terminología: Zambrano atribuye el nombre de «personaje» al concepto junguiano de "persona", cuyo origen etimológico es la palabra griega "persona" que, justamente, significa máscara. El concepto de persona en Zambrano y Jung es diametralmente opuesto. En este texto utilizaremos la terminología zambranianas.<sup>19</sup>

Cada uno de nosotros está continuamente desempeñando un papel: se es hijo de, madre de, se tiene la profesión X, se posee tal estatuto social, etc. pero quitamos todo esto ¿qué queda? ¿Sabremos todavía reconocernos? Según Zambrano lo que queda, ese residuo que no se identifica con todos los personajes es la persona.

<sup>18</sup> M. Zambrano, *El sueño creador*, p. 44. Para profundizar sobre esta alegoría, Ch. Maillard, "Filosofía de la vulnerabilidad", texto expuesto en su Curso de Doctorado, Universidad de Málaga, 1997/98.

<sup>19</sup> Para más aclaraciones sobre este aspecto Ch. Maillard, *La creación por la metáfora*, cap. II, pp. 63-78.

Un hombre es persona cuando vive a partir de *sí mismo*, esto es, cuando vive preocupado con esa verdad interior que hay que tomar la decisión de buscar, sabiendo que es una búsqueda interminable pues se busca algo que trasciende. Por otro lado, es necesario emprender todos los esfuerzos en el sentido de configurar la vida de acuerdo con esa verdad en permanente crecimiento, pues sólo así no habremos desperdiciado nuestro tiempo, perdiéndonos a nosotros mismos. Cuanto más nos creemos en los papeles que representamos, más peligro hay de que nuestro ser se nos pierda disuelto en ellos, aunque intente gritar, decir que está más allá de todas esas cosas con las cuales nos identificamos, que se es lo que todavía no se es y se aspira a ser, y que lo que se es también se puede estar ya a dejar de ser, y que tanto aferrarse a lo que se juzga que se es nos condena y cansa: "estoy cansado de ser alguien parecido a sí mismo cada día", clama el poeta intentando hacernos despertar, porque de despertar a su ser se trata<sup>20</sup>.

¿Pero cómo hacer para despertar? Extrañamente Zambrano nos dice que una de las formas de despertar consiste, justamente, en soñar, pues, en el sueño las fronteras de seguridad del yo se duermen y así, en algunos sueños privilegiados se constituyen las circunstancias necesarias al despertar de la persona a realidades extraconscientes fundamentales para su desarrollo.

\* \* \*

María Joao dos Santos das Neves  
Dpto. de Filosofía  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Málaga  
29071 Málaga

---

<sup>20</sup> Cfr. M. Zambrano, *El sueño creador*, p. 52.